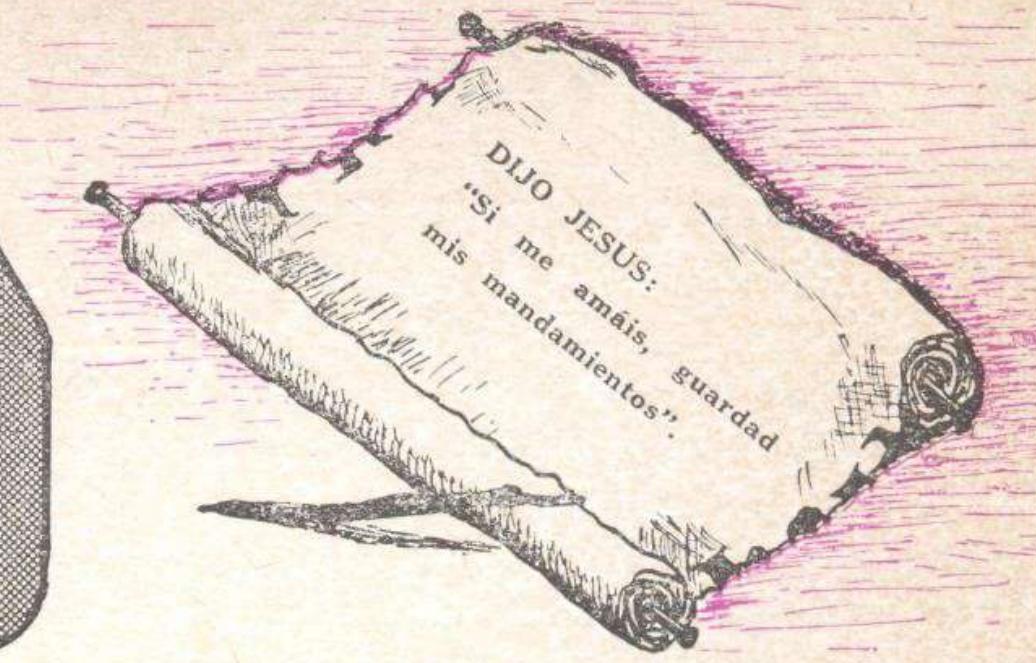


— ECO —

de fraternidad
cristiana



Año III
Nº 17
Setiembre - Octubre
1962

DIAS DE

RECUERDOS



EN muchos países del mundo se ha hecho una costumbre general, entre la mayoría de sus habitantes, dedicar un día determinado del año para recordar ciertas cosas. Estas dedicaciones que pueden contarse por decenas, son para festejar o recordar algo pasado o presente, y creemos que son más las cosas que se recuerdan, que los días del año, pues a veces en el mismo día se festejan varias cosas.

Causa a veces asombro, la diversidad de estos festejos; para cada día uno diferente. Así comienzan por el día del pájaro, el de las flores, el del animal, el día del trabajo, universalmente festejado de distintas maneras; el día del estudiante, de la juventud forjadora de futuros hombres de ciencia y de letras. El día del abuelo, del tío; también festejan y con mucho respeto el día del padre, que recuerda a quien nos ha dado el ser; y por sobre todos estos festejos, se eleva por encima de ellos como eclipsando a los demás, el día de la madre. Todos festejan este día con el más dulce respeto, tal vez sea el de más significación. Aún hay otros

festejos y sería muy largo enumerarlos y se precisaría muchas páginas para explicar su significado.

No obstante, es de notar un día que la gente recuerda de una manera diferente, pero de un mismo sentir. No podía faltar en el pensamiento del hombre este hecho, tal vez tan antiguo y ligado al hombre mismo desde el comienzo de su vida. Algo a que el hombre no ha podido sustraerse a pesar de todos sus esfuerzos, y que admite con resignación y a pesar del miedo que a veces le causa, se ve obligado a rendirle su

más profundo y silencioso homenaje; a la muerte.

Esa muerte que destroza tantos hogares y que es el enemigo secular del hombre, a ella también de un modo involuntario el hombre le dedica un día, como si se dedicara a sí mismo su póstumo homenaje. ¡Qué triste es este día! ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuántos dolores! y ¡cuántas lágrimas sobre las frías y silenciosas tumbas son derramadas!

La muerte cobra su precio sin distinción de edad o categoría social. Se lleva al anciano que harto de días mora en la tierra, se lleva a la madre dulce y cariñosa, al amante padre y también al tierno niño, que como una flor es cortado. Este triste día que el hombre recuerda en forma diferente a los demás, nos muestra una cosa. El hombre ama y recuerda. Es compasivo ante un animal que sufre y se enternece ante un niño que llora. Se conduele del dolor ajeno y frente al suyo llora con impotencia.

El hombre nada puede hacer o remediar cuando ha llegado el momento de rendirse ante quien temporalmente tiene sobre él, el poder de cortar su vida.

El que visita un cementerio, nombre que significa "lugar de dormir", podrá apreciar como la muerte muestra victoriosa sus trofeos. Por todos lados se levantan cruces y mausoleos que guardan celosamente los restos de quien fue, no mucho tiempo atrás, una persona con vida.

Frente a estas tumbas frías y cubiertas de flores, que parece quisieran con su políchromía alegrar el tétrico ambiente; hay miles de personas grandes y pequeñas que lloran silenciosamente.

Es que la muerte abate a las fortalezas más inexpugnables. Es que la muerte es un acreedor que siempre cobra sus deudas. Ella no admite prerrogativas.

Pero no es invencible, Jesucristo la venció, y tú también puedes vencerla.

Cuando Adán y Eva recibieron la advertencia de Dios, que les había dicho: "De todo árbol del huerto comeréis, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comeréis, porque ciertamente el día que de él comiéreis, moriréis"; ellos desobedecieron y debido a este pecado, la muerte, o sea la separación del hombre de Dios, comenzó a reinar.

Desde aquel aciago día, hasta ahora, Dios no ha cesado de amonestar al hombre, queriendo encaminarlo por las sendas de justicia para que disfrute de su protección y cuidado, le ha demostrado a través de toda la historia su interés para ayudarle y es más, ha hecho algo que el hombre nunca alcanzará a comprender en su mente finita: "Ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna".

¡Vida eterna! Estas palabras le parecerán algo raras al lector, pues ha visto el poder de la muerte y sabe positivamente que nadie puede escapar de su lazo. Pero estimado amigo, no temas; recuerda, si conoces la Santa Biblia, el capítulo 24 del Evangelio según San Lucas, versículo 6, donde dice de Jesús: "Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado".

Sí, la muerte no tuvo poder para sujetar a aquel que es la vida misma, a Jesús, quien desea darte a ti la vida eterna, pues él ha dicho: "el que en mí cree aunque esté muerto vivirá".

En todos los cementerios, las tumbas un día abrirán sus puertas, sus cerrojos serán impotentes de sujetar lo que hoy guardan tan celosamente y "los muertos en Cristo resucitarán primero". ¿Te agradaría tener esa vida eterna? Dios te la promete en la persona de su Hijo, que dijo: "Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá eternamente". ¿Crees esto? Entonces acepta a Jesús como tu Salvador.

E. R.

La Carrera del Cristiano

60

No podemos pensar en una competencia sin tener en cuenta la pista donde se desarrolla la misma. Esto es también aplicable al cristiano, quien tiene que correr la carrera que tiene por delante, teniendo como pista este mundo. Aunque estamos en el mundo, no somos del mundo y a los que no conocen al Señor, les parece cosa extraña que nosotros no corramos con ellos en el mismo desenfreno.

Hay alrededor nuestro una gran nube de testigos, hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres, todos ellos observan nuestra forma de correr. Por lo tanto, teniendo tan grande privilegio de haber sido inscriptos y recibidos para heredar el cielo, por la gracia de Dios nuestro Padre y por medio de nuestro Señor Jesucristo, resta ahora que el que lucha como atleta lo haga legítimamente para ser coronado. "¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis".

Mirad los que luchan en las competencias terrenales, ellos se abstienen de todo para conservar sus energías, y todo este sacrificio para recibir una corona de laurel, flores u oro, que se corrompe. Con cuánta más razón nosotros que tenemos prometida la corona incorruptible de vida eterna, debemos despojarnos del peso del pecado que nos rodea, sin lo cual no podríamos avanzar. Imitemos al ciego Bartimeo que para acercarse a Jesús arrojó la capa a un

costado. Para avanzar sin impedimentos, arrojemos nosotros toda la capa de carnalidad que nos cubre, y corramos esta carrera con paciencia, porque muchas son las dificultades, estamos en un mundo antagónico, corramos siempre avanzando, pues el que pone sus manos en el arado y mira atrás no es apto para el reino de los cielos.

Debemos avanzar puestos los ojos en Jesús, quien nos llevó la delantera, constituyéndose en nuestro modelo y ejemplo para no desanimarnos, para rechazar las ofertas del tentador, él por el gozo de salvar la humanidad obedeciendo al Padre, menospreció la vergüenza, siendo sometido a los más crueles vejámenes. Puestos los ojos en él para desechar el cansancio que nos invita a hacer un alto en el camino, con el consiguiente enfriamiento; y por sobre todo, corramos con fe, fe en la ayuda prometida: "Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente; no temas ni desmayes, porque Jehová, tu Dios, estará contigo en dondequiera que vayas". Fe en su palabra: "Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien". Fe en las promesas de Dios: "El que venciere será vestido de vestiduras blancas, y no borrare su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles". Hermosa recepción para aquellos que lleguen al fin, que podrán decir juntamente con el apóstol Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe, por lo demás, me espera la corona de justicia, la cual me dará el Señor Juez Justo, en aquel día; y no solo a mí sino también a todos los que aman su venida". Los tales oirán el clamor de regocijo celestial, al coro de millares de ángeles que aclamarán su triunfal llegada, y las palabras del Señor de Señores y Rey de Reyes: "Venid benditos de mi Padre".

San Juan en la visión profética que recibió en la isla de Patmos y escrita en el libro de Apocalipsis, contempla este cuadro que a su vez describe con estas palabras: "Después de esto miré y he aquí una gran multitud, la cual ninguno podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y con palmas en las manos".

Lector amigo, te invito a que contemples reverentemente esta visión, agudices tus ojos hasta divisar los rostros de esa multitud, y ahora que lo has hecho, quiero preguntarte, ¿estás tú entre ellos?

Reencuentro

Para todos los que fueron alumnos
de la Escuela Dominical

LOS años habían transcurrido más ligero de lo que hubiera deseado. Había pasado mucho tiempo. —Me cuesta creerlo—. He vuelto al barrio donde pasé mi niñez. Contemplo sus calles, sus casas y sus árboles. Miro sus veredas; es inútil, todo está diferente. Fijo mis recuerdos en una casa y la veo envejecida, sus paredes derruidas y vacilantes bajo el peso de los años. Los árboles a los cuales de pequeño yo trepaba, sienten también el peso de los años. Sus troncos se han torcido, agobiados por las muchas ramas que sostienen y sus hojas que en esos momentos caían formaban sobre las levantadas baldosas de la vieja vereda algo así como una verde nevada. Parecía que las plantas dejaban caer sus hojas con penas, como si nunca fueran a recuperarlas. Los potreros por los cuales yo jugaba y retozaba de niño, en los cuales muchas veces me sentí libre para correr tras una pelota, juego en el cual destrozaba mis botines y raspaba mis rodillas, ya no existían.

Entrecerré mis ojos y me vi pequeño, sucio, un tirador caído, el cabello sobre la frente, y a través de las lágrimas que afloraban a mis ojos y que en vano quise retener, vi con dolor que la niñez había fugado, dejando en su lugar un recuerdo triste. ¿Por qué —dije— tendrán que pasar los años? Esos felices años de la niñez, junto a nuestros padres y hermanos, ¿por qué? —No tuvo respuesta mi pregunta.

La vida me había golpeado rudamente, sentía los golpes como el viejo árbol siente el golpe del hacha en el corazón de su tronco. Como sentían los gorriones el piedrazo artero que yo les disparaba con la onda. Como sentía Boby, el perrito foxterier, aquella herida que le causara en su ojo una pedrada contra él dirigida. Como sentía el dolor en su pata quebrada, aquel caballo pintado de lunares, que era el que despertaba la admiración de los chicos, y que un día resbaló y al quedar bajo las varas del carro, tuvo que ser sacrificado. Todas estas cosas pasaban en la niebla de mis recuerdos; una a una y me parecía estar viéndolas. Lentamente seguí caminando, buscando en las casas o en otras cosas, algo que sirviera para despertar mis recuerdos, paliativo para mis penas.

Mis piernas vacilantes bajo el peso de los años y de los recuerdos, se negaban a seguir caminando. ¡Y yo tenía deseos de recorrer los años pasados; cada cosa que veía tenía para mí un recuerdo, una alegría, un gozo y también muchas veces unas lágrimas! Todo estaba tan diferente, todo estaba tan cambiado... Di vuelta en la esquina por la cual yo desfilé tantas veces, que podía contar aún sus baldosas, cerca del árbol aoso ya, me parecía ver aún el hoyo donde jugaba a las bolitas, que a veces apretujaba en mis bolsillos por miedo de perderlas.

Caminé unos pasos y vi algo que a pesar de los muchos años transcurridos, no había cambiado. La vieja iglesia a la cual yo concurría, y en la que había sido alumno de la Escuela Dominical. Conservaba su misma entrada y la misma verja. La ondulante madreselva que trepaba penosamente por sus paredes parecía querer guardarla como un cofre guardado un tesoro valioso. ¡Allí sí, yo había sido enteramente feliz! ¡Qué domingos hermosos había pasado! ¡Cuántas cosas lindas había aprendido! Y los cantos... Me gustaba, de niño, cantar a Dios, ahora ya no sabía cantar, me había olvidado de todo, y también de Dios. La iglesia parecía estar desierta, al menos no había nadie en la puerta. Me sentí inclinado a entrar en ella. Quería volver a vivir, aunque fuera solamente un solo momento, aquel canto que aprendí de niño, cuyas estrofas decían así: "Cristo es siempre igual, no cambiará jamás".

Al entrar en el templo no pudo impedir volverme a sentir niño y tuve deseos de llorar, de gritar, de volver a cantar otra vez aquella canción para el Señor, que decía: "Salvador mi bien eterno, mi refugio eres tú. Si en el mundo yo me pierdo solo en ti confío yo, pues tú me salva-

rás". ¿Qué pasaba en mi mente? ¿Qué sentía en mi corazón a través de estos recuerdos? ¿Qué me estaba ocurriendo a mí?

De las viejas paredes del templo pendía un texto amarillento, tal vez el mismo que yo recordaba aún en mi mente, haberlo leído allí: "Venid a mí todos los que estáis cargados y cansados que yo os haré descansar". Y yo me sentía cansado, cargado por los años y por las penas. Tenía necesidad de descargar mis culpas, mis penas, mis dolores, pero ¿a quién recurrir?

Mientras me encontraba meditando, mirando los bancos del templo, que se encontraban vacíos, comenzó a entrar gente —era día de reunión— las cuales me saludaron como a un viejo conocido, pero yo no conocía a nadie.

Tomé asiento en el último banco, lejos del púlpito, y comenzó la predicación. Sentía que volvía a escuchar la voz que escuché hacía muchos años que, como otras veces, decía: "Todo pasará, más mi palabra permanecerá". Todo había pasado, mi niñez, mi juventud, el barrio había envejecido, había cambiado, pero la palabra era la misma, igual a la que escuché indiferente cuando niño, pero que recién ahora sentía en mi corazón: "Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados". ¿Alguien podía borrar los míos? —eran muchos—. A medida que el predicador avanzaba en su mensaje, más mi corazón se iba acercando a Dios, y al invitar a los pecadores a aceptar a Cristo, sentí el llamado del Señor, y con mis piernas vacilantes, pero con un corazón firme y al mismo tiempo quebrantado, me dirigí al frente para testimoniar así del que recién ahora comprendía y del cual había estado alejado toda mi vida, de Jesús.

ENRIQUE RATTI.

MI EXPERIENCIA

Cierto día despertó mi alma con frío,
a la intemperie y sin amparo me encontraba,
una densa tiniebla me rodeaba,
y sin rumbo caminé buscando asilo.

De pronto, escuché una voz que me decía:
Deténte, oh fatigado caminante,
y descansa en mí que soy la roca,
que ofrece un refugio a todo errante.

Ven a mí sediento caminante,
yo te daré del líquido precioso,
que calmará tu sed eternamente,
y a mi amparo tendrás dulce reposo.

Esta oferta, por mí fue despreciada,
e indiferente seguí con paso incierto,
y en la arena edifiqué mi morada,
pero, insensata de mí, sin fundamento.

Mientras tanto, un fuerte viento se acercó
anunciando de la tormenta su llegada,
que con fuerza y con ímpetu destruyó,
mi pobre casa, en la arena edificada.

En tu vida ha llegado el gran momento,
no edifiques en la arena tu morada,
edifica en Cristo que es la roca
y tendrás un seguro fundamento.

¡Cuán grande fue mi ruina y mi desgracia!
No soy nada, nada más que una fracasada,
angustiada y con dolor pedí clemencia,
y al instante el Salvador me dirigió su mirada.

Yo soy aquel —me dijo dulcemente—
que mi oferta rechazásteis cierto día
confía ahora en mí y así podrás salvarte,
de una horrenda y eterna agonía.

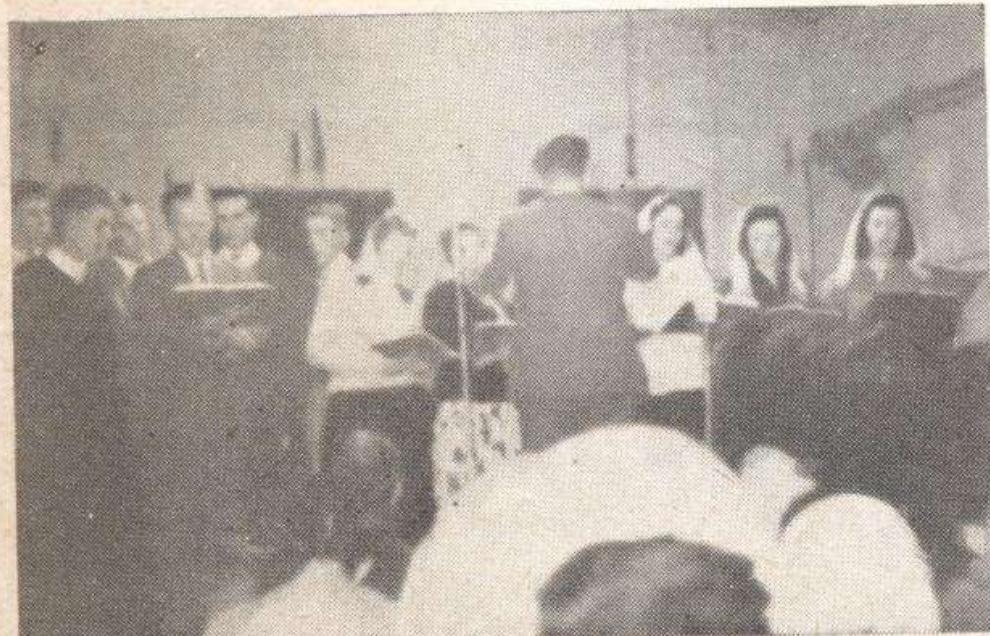
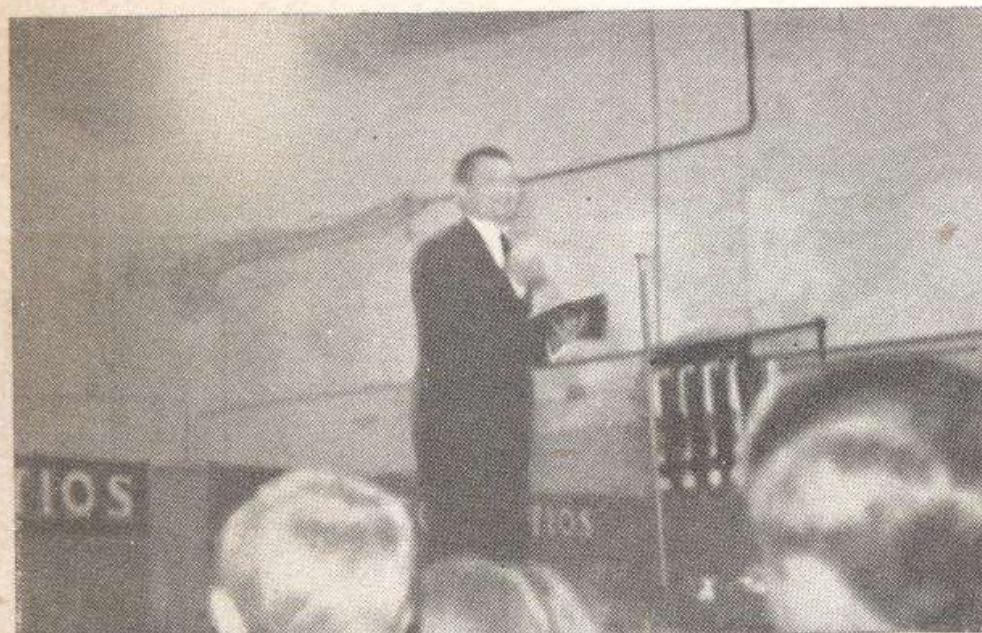
Perdón Señor —le dije arrepentida—
cuán necia fui al despreciar tu ayuda
olvidando que por salvarme tú has sufrido
el castigo que yo tenía merecido.

El me sostuvo en sus brazos amorosos
y enjugando mis lágrimas me dijo:
No llores más, hija mía, y me bendijo
y en su pecho encontré paz y reposo.

Ya no temo al fragor de la tormenta,
ni le temo a los vientos impetuosos
pues yo sé que el Señor está conmigo
y me da seguridad, paz y reposo.

CARLINA F. DE BRIZUELA.

SEXTO ANIVERSARIO



El 2 de Septiembre, en una reunión de acción de gracias, que contó con la presencia de hermanos de las iglesias de José León Suárez, Baradero y Mariano Acosta, quienes participaron en los diversos números programados, la iglesia de Morón festejó sus seis años de existencia recordando así las ricas y abundantes bendiciones que a través de ese período el Señor le ha regalado.

Este acto, que fue presenciado por unas quinientas personas, mostró a quienes fueron testigos oculares del mismo, los progresos obtenidos, la unidad que en el Espíritu guarda la membresía, y el agrado que Dios tuvo para con todos trayendo esa misma noche, después del mensaje, almas arrepentidas a los pies de Cristo nuestro Salvador.

DARIO GENTILI
CORRESPONSAL

ARRIBA: Aspecto de la entrada al lugar de reunión. EN EL CENTRO: El predicador Esteban Gava en momentos que pronuncia el mensaje central. ABAJO: El coro de Baradero, elevando sus canciones al Altísimo.

RENGLONES SUELTOS

• PARA RECORDAR

"Mejor es que no prometas, y no que prometas y no cumplas".

• PREGUNTA MAL HECHA

"Nunca digas: ¿Cuál es la causa de que los tiempos pasados fueron mejores que éstos? Porque nunca de esto preguntarás con sabiduría".

• POR DESCUIDADOS

En cierta ocasión los discípulos de Jesús no tuvieron poder para sanar a un muchacho lunático; al cual luego lo sanó Jesús.

Al interrogar los discípulos a su maestro, averiguando cuál fué la causa por la cual no pudieron sanar al muchacho, Jesús les dijo: "Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviéreis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible.

"Pero este género no sale sino por oración y ayuno".

• QUEMARON LOS LIBROS

Mientras Pablo predicó en Efeso por espacio de más de dos años, "muchos de los que habían creído venían confesando y dando cuenta de sus hechos.

"Asimismo muchos de los que habían practicado la magia trajeron los libros y los quemaron delante de todos; y hecha la cuenta de su precio, hallaron que era cincuenta mil piezas de plata.

"Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor".

• CONCLUSION DE UN PREDICADOR

"He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones".

ECO de Fraternidad Cristiana
calle Roca 460 - José L. Suárez, F.C.B.M.
Buenos Aires, República Argentina
Publicación bimestral de la Iglesia
Nazarena Apostólica Cristiana

Suscripción anual \$ 30.—

Director Esteban Gava
Redactor Luis Vogel
Administrador Felipe Vogel
Secretario Bruno Rizzi
Suscripciones Miguel Gutwein

Reg. Prop. Intelectual 736832

★ NOTICIAS ★

• REUNIONES

Se realizan durante la época estival, en el horario siguiente:

MORON

Culto público: Domingos 19,30 horas. Estudio bíblico: Martes 20 horas.

MARIANO ACOSTA

Villa Posse: Culto público: Domingos 19,30 horas.

San Luis: Culto público: Viernes 20,30 horas.

Santa Isabel: Culto público: Miércoles 20,30 horas.

BARADERO

Culto público: Domingos 16 horas; Estudio Bíblico: Jueves 21 horas.

JOSE LEON SUAREZ

Culto público: Domingos 18 horas. Estudio Bíblico; Jueves 21 horas.

Los domingos a las 10 horas en todas las iglesias funcionan las Escuelas Dominicales para niños.

SOCIALES

Nacimientos

BERAZATEGUI: Responde a los nombres de Elvio Osvaldo el bebé que con su llegada el 30 de septiembre, alegró a los esposos Frida Pavich - Rómulo Duduletz.

JOSE LEON SUAREZ: El 9 de octubre fue alegrado el hogar del hno. Enrique Ratti con el nacimiento de un bebé al que llaman Gabriel Esteban.

Hace las delicias de los esposos Susana Ziga - Armando Vogel la llegada del bebé Juan José, nacido el 10 de Octubre.

Casamientos

BARADERO: El 22 de septiembre se realizó la boda matrimonial de los hnos. Amelia Wirz y Felipe Mandel.

MORON: En la iglesia de esta ciudad se realizó el 11 de octubre la boda matrimonial de los hnos. Nélida D. Gava y Martín J. Arellano.

CORREO ARGENTINO

Suc.

Villa Ballester

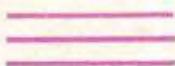
Tarifa Reducida

Concesión No. 6532

Franqueo a Pagar

Concesión No. 1726

NO HAY DIFERENCIA



EN todas sus relaciones con la humanidad, Dios ha demostrado que delante de él no hay acepción de personas, "sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia".

No obstante, es muy fácil creer que Dios favorece a algunas personas más que a otras por algún motivo o afecto particular.

En realidad, los seres humanos se diferencian notablemente en el color de su piel, en sus rasgos fisonómicos, en el idioma y en la cultura. Sin embargo, estas características que hacen diferentes a los individuos, nada tienen que ver en la relación con su Creador; puesto que Dios no mira ni se guía por el aspecto de los seres humanos, sino que a él le interesa exclusivamente cuál es la condición interior del ser.

"Porque Dios mira no lo que el hombre mira, porque el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Dios mira el corazón".

Tanto los hombres salvajes que no tienen cultura, ni leyes que los gobiernen, y que viven en las más precarias condiciones; como los que viven en los grandes centros de civilización, rodeados del lujo y de un elevado nivel de vida; ambos tienen algo que los asemeja. Es lo que dijo el sabio Salomón: "Como un agua se parece a otra, así el corazón del hombre al otro".

Sin excepción, todos los individuos están sujetos a las mismas pasiones y debilidades propias del género humano y que se manifiestan de maneras diferentes, sin poder eliminarse ni dominarse por la propia fuerza de la voluntad.

Esa tendencia positiva hacia lo que nos aleja de Dios, encerró bajo condenación a todos los seres humanos, como infractores de la ley divina. Aunque de maneras diferentes todos por naturaleza tienen inclinación hacia el pecado, y a pesar de las características externas que distinguen a los individuos, el estado espiritual es igual. Unos están más lejos de Dios que otros, pero todos están apartados de él.

Esta igualdad fue afirmada por Jesús, cuando ciertos judíos estaban contándole acerca de unos galileos, cuya sangre Pilatos había mezclado con sus sacrificios y él les dijo: "Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente".

Así como todos perecen si continúan en el pecado, del mismo modo se salvan todos aquellos que dejando el pecado se entregan a Dios, en obediencia a su voluntad. Esta experiencia fue la de muchos hombres de todo rango, condiciones y nacionalidad, que en los primeros siglos siguieron a Jesús. Entre sus discípulos había hombres sin instrucción, iletrados escogidos de entre el pueblo común, había también doctores, oficiales romanos, comerciantes, personas de diferentes oficios, y razas de todos los continentes; africanos, europeos, judíos, etc. Todos ellos comprendieron su necesidad de un Salvador y abandonaron por completo el pecado, entregándose a Jesús. Unos lo hicieron estando en sus tareas, otros descansando, otros en reuniones, otros andando por el camino; en todas circunstancias y ocasiones, tanto de día como de noche. Cuando Jesús los llamó fueron a él con fe.

Y a todos los que le recibieron sin hacer acepción de personas, "les dio el derecho de ser llamados hijos de Dios".